

Como superar
el estancamiento
del **Matrimonio**



Como superar el estancamiento del Matrimonio

Acerca del Libro

A veces existen irritaciones en el matrimonio que el bálsamo del humor o la gracia de la comprensión parecen incapaces de aliviar. Entonces el matrimonio se agria.

Dios tiene unas buenas nuevas sanadoras que en muchos casos (si no en la mayoría) traerán alivio. Estas proclaman «recuperación de la vista a los ciegos; para poner en libertad a los oprimidos» (Lucas 4:18, NEB)—libres para ser felices en un matrimonio que a veces ha tomado la forma de opresión emocional.

Si tu matrimonio no es todo lo que debería ser, este libro es para ti.

Autor: Robert Wieland

Contenido

Prefacio	4
El matrimonio sin esperanza de Abby	6
No es Broma	10
La Técnica de Reparar un Matrimonio Resquebrajado.....	13
Cómo amar cuando no puedes amar.....	19
El Milagro de Recrear el Amor Sexual	24
Cinco Verdades Que Pueden Salvar un Matrimonio	27

Prefacio

Dado que no hay personas perfectas en el mundo, no hay matrimonios perfectos. Cualquiera que afirme que nunca ha sido tentado a pensar que su cónyuge era temperamental (difícil de tratar) está mintiendo o viviendo en un mundo de sueños. La mayoría de las personas son lo suficientemente honestas como para admitir que en algún momento u otro han sido temperamentales.

A veces, lo que parece ser temperamentalidad en un cónyuge es simplemente ese elemento misterioso de la masculinidad o la feminidad que parece conducir tan inevitablemente a los malentendidos. Un esfuerzo sincero por comprender cómo piensa el sexo opuesto generalmente hace que *este tipo de temperamentalidad se evapore*.

Cuando las partes móviles de una máquina están en contacto cercano, la fricción es inevitable, a menos que haya aceite para lubricar los engranajes. Un matrimonio sin un sano sentido del humor puede recalentarse rápidamente.

Una pareja que acudió a mí para consejería parecía tener suficientes obstáculos y trampas explosivas para arruinar una docena de matrimonios. Sin embargo, estos cónyuges podían echar la cabeza hacia atrás y reírse de sí mismos. Esto fue hace una década, y me complace informar que todavía están juntos y, en apariencia, razonablemente felices.

Hay, sin embargo, irritaciones para las cuales el aceite del humor parece incapaz de ayudar. En tales matrimonios, el cociente de felicidad disminuye en gran medida o está completamente ausente. Sin embargo, Dios tiene unas *buenas nuevas* sanadoras, que en muchos casos, si no en todos, traerán alivio.

Aquí no nos preocupamos por las cosas que hacer para que un matrimonio sea más feliz. Los buenos consejos rara vez son útiles cuando estamos plagados de parálisis emocional. Lo que sí es útil son las *buenas nuevas*. Nuestra preocupación, por lo tanto, es qué creer.

No importa cuán desesperada pueda parecer la situación, en cualquier momento dado, la línea de comunicación entre el Salvador y tú es *Buenas Nuevas*.

El matrimonio sin esperanza de Abby

No es difícil encontrar consejos sobre cómo deshacerse de un cónyuge temperamental, uno con quien es difícil llevarse bien. Abundan los libros sobre la técnica del divorcio por doquier. Sin embargo, nuestro pequeño viaje de descubrimiento zarpa con un puerto diferente a la vista: cómo se puede encontrar la felicidad en un matrimonio donde uno siente que su cónyuge es menos que satisfactorio, de hecho, francamente desagradable. Comenzamos con un fascinante caso clínico de una mujer atrapada en un matrimonio probablemente peor que cualquiera que hayas conocido o del que hayas oído hablar.

Abby era inteligente y hermosa. Por alguna razón, se casó con Al, un patán cascarrabias y maleducado que resultó ser extremadamente desagradable. Muchas mujeres lo habrían abandonado. Sin embargo, ella encontró su lugar en la historia al perseverar.

Si un príncipe azul hubiera visitado la aldea montañesa de Abby, sin duda se habría convertido en princesa. Pero ninguno llegó, y parece que sus padres la animaron a ir con Al. Probablemente él no la atraía en absoluto, pero ella pudo haberse consolado con la idea de que él era estable y sólido. Al menos, sabía cómo ganar dinero. Quizás mamá y papá la animaron a creer que podía cambiarlo o aprender a amarlo. No debía dejarlo pasar. Era el vástago de una familia prominente destinada a la riqueza y la influencia. Con sus maneras cálidas y encantadoras, Abby le daría un toque de gracia a su rancho señorial. Finalmente le dijo Sí.

Poco después de la boda, Abby comenzó a llorar hasta quedarse dormida. Si alguien le hubiera dicho que tenía cáncer terminal, apenas se habría sentido más devastada que al darse cuenta de que estaba atada de por vida a alguien que era un completo necio en cuanto a las relaciones humanas. Los vecinos y los peones terminaron evitándolo siempre que fuera posible.

Para empeorar las cosas, Al se dio a la bebida, y Abby aprendió que ningún problema puede ser tan malo que el alcohol no pueda empeorarlo. La ayuda contratada podía irse, pero Abby se sentía encadenada en una mazmorra conyugal

«*hasta que la muerte nos separe*». A veces, casi deseaba que la muerte llegara a ella.

Encubrir los modales patanes de Al desarrolló en Abby cualidades de gracia y diplomacia. Aprendió a echar aceite sobre las aguas turbulentas que Al había agitado. El irritante grano de arena produjo en su alma la legendaria perla. Desarrolló una fantástica experiencia en el manejo de hombres que tenían problemas para manejarse a sí mismos. Esto finalmente la llevó a un nuevo capítulo en su vida.

Abby descubrió una verdad secreta. Comprometida con la idea de que «los dos serán una sola carne» (Génesis 2:24), Abby comenzó a entender que el hecho de que «ellos» fueran «uno» significaba que ella y Al no podían separarse, y que su eventual felicidad dependía de creerlo. Empezó a considerar las faltas de Al como «nuestras» faltas. Puede parecer poco consuelo para alguna persona desanimada que lea este libro, pero lo cierto es que ella se volvió más talentosa y hermosa en el proceso de soportar la decepción.

Abby permaneció fiel a Al, creyendo que Dios, a Su debido tiempo y a Su manera, transmutaría su dolor en felicidad. Hasta el final de su matrimonio, mantuvo su conciencia tranquila, manteniendo el rancho unido, ganándose el amor de los peones y de los vecinos, y en el proceso, labrándose un nicho especial de distinción en la historia femenina.

El problema con la bebida de Al finalmente acabó con él. Después de recuperarse de una borrachera, cayó en un ataque de depresión que se convirtió en desesperación y terminó en la muerte. Todos a kilómetros a la redonda creyeron que el Señor simplemente le había llegado la hora al viejo gruñón. Y, créase o no, cuando Abby fue libre, un príncipe apareció y se casó con ella. Su historia es uno de los casos clínicos mejor autenticados que se registran. Puedes consultar los detalles en 1 Samuel 25:2-42.

Leemos allí que «Nabal... era áspero y malo en sus tratos», pero «Abigail... era inteligente y de hermosa apariencia» (v. 3, NASB). Dios se tomó la molestia de delinear su historia como un estímulo para millones de personas desde entonces.

David, el legítimo heredero al trono de Israel, apareció en escena. En un desagradable encuentro, Nabal lo irritó y David, en un raro ataque de ira, decidió vengar el insulto con violencia. Pero de no ser por la intervención de Abigail, el acto precipitado de David habría perseguido su conciencia real por el resto de su vida y podría haber arruinado su reputación como un gobernante justo y compasivo. Las bien desarrolladas habilidades de Abby en diplomacia y su exquisita finura táctica salvaron a David de sí mismo. Su discurso, apresuradamente compuesto pero elocuente, le recordó puntualmente que su imprudencia podría ser la ruina de su honor real. Nunca una mujer ha evitado una tragedia con tanta habilidad.

Por muy poco amable que fuera Nabal, Abigail protegía a su indigno marido. Asumió su culpa: «Caiga sobre mí... esta iniquidad». «Te ruego, perdona la transgresión de tu sierva» (vv. 24, 28). Implicó que las faltas de Nabal eran suyas tanto como de él, pues ¿no eran los dos «una sola carne»?

La súplica de Abby para que se perdonara la vida de su marido es patentemente sincera, tanto que resultó efectiva. Mientras todo esto sucedía, Nabal estaba de juerga desenfadada. Abby esperó hasta que él sobrio y luego le contó lo cerca que había estado del desastre. El registro dice: «Su corazón murió dentro de él, y se quedó como una piedra. Y sucedió que unos diez días después, el Señor hirió a Nabal, y murió» (vv. 37, 38).

A su debido tiempo, cuando fue libre, David se casó con Abigail. Véase el versículo 42. El futuro rey no solo la amaba; sentía que ella lo ayudaría a manejar sus propias debilidades.

Nabal no era simplemente malhumorado; era obviamente imposible. Sin embargo, Dios tenía una solución para ese problema matrimonial. El matrimonio infeliz de Abigail debería animarnos a creer que puede haber esperanza de felicidad incluso en situaciones tan «*imposibles*». Si es así, debe haber mucha más esperanza para esas muchas situaciones que son difíciles en lugar de irremediablemente imposibles.

La historia de Abigail revela que Dios mismo se encarga de ayudar al cónyuge desafortunado que lleva la peor parte. Él o ella pueden encontrar la felicidad en la

fidelidad a través de caminos inesperados. Dios nunca se olvidó de Abigail, ni la abandonó. Para Él, que ve cuando el gorrión cae, Abigail y su infeliz matrimonio eran importantes. Su historia se inmortalizó para todas las edades e incluso para la eternidad.

Es ingenuo esperar que nunca tengamos que probar el dolor impuesto por situaciones menos que perfectas fuera de nosotros. Lo importante es conocer ese sentido interno de bienestar, de una conciencia tranquila, de paz con Dios y la seguridad de que Él está orgulloso de ti por lo que eres donde estás. Todo esto lo sabía Abigail, y fue el secreto de su encanto y su impresionante belleza cuando aparece en el escenario bíblico.

Abigail puede convertirse en la santa patrona de la Federación de Cónyuges Desafortunados, ya sean esposas o maridos. Tal vez alguien tome este libro que siente que está atrapado en un aprieto tan desesperado como el de Abigail. ¡Darse cuenta de que el Señor lo nota y se preocupa por ello es en sí mismo no poco consuelo!

Es bueno darse cuenta de que tú y tu situación son importantes para el Señor y que Él se preocupa por tu felicidad conyugal. ¡Debemos descubrir qué está haciendo Él al respecto! Su solución al problema puede no ser tan simple como eliminar de un golpe a un cónyuge difícil. Puede haber una solución mucho más feliz al problema que eliminar al cónyuge o al matrimonio. Lo que debe eliminarse es el irritante que causa el problema.

Cómo hacer eso es lo que queremos descubrir.

No es Broma

El Tribunal de Conciliación de Los Ángeles publica estadísticas que muestran que cada año más de un millón de parejas americanas se divorcian. Otro grupo similar se separa sin divorciarse; y un tercer grupo se divorcia “psicológicamente” mientras intentan coexistir bajo el mismo techo.

Millones de niños indefensos son los restos y despojos arrastrados por la marea después de que estos matrimonios han naufragado. Cada uno de estos niños privados de un padre natural casi inevitablemente tendrá problemas para tener éxito en su propio matrimonio. El registro establece que la generación actual de niños de hogares rotos es una bomba de tiempo social a punto de explotar.

Cuando el amor muere y el divorcio sigue, el resultado es con demasiada frecuencia la amargura más desgarradora que los humanos pueden experimentar.

¡Es fenomenal cómo la gente puede cambiar! Observándolos mientras cortejan, pensarías que son la pareja más dulce que jamás hayas visto. Ambas familias y amigos se regocijan por la pareja “perfecta”. Luego, algo misteriosamente se seca de raíz. Ninguno de los cónyuges puede identificar qué ha causado la diferencia.

De alguna manera, una serpiente acechaba bajo las flores en este Jardín del Edén. Cada cónyuge comenzó a frotar al otro como papel de lija. La conversación se volvió tensa, las palabras se volvieron ásperas y a veces crueles. Los abrazos se volvieron difíciles. Uno u otro empezó a llegar tarde a casa. Los aniversarios se olvidaron, los suegros fueron descuidados o evitados. Vientos salvajes de pasión soplaron como tormentas de arena en discusiones y peleas. Estar juntos ya no era divertido. Cada uno empezó a temer volver a casa para enfrentar al otro. En una atmósfera tan tensa, cada palabra o acto inocente adquirió un matiz siniestro, y las acusaciones y contraacusaciones volaron. En este momento, el amor agrio empezó a cuajarse en amarga animosidad y celos. Al final, el viaje matrimonial sobrepasa el punto de no retorno, y el divorcio se perfila como la única manera de terminar con la miseria mutua.

Las consecuencias de la devastación pueden ser peores que la tormenta original. Nadie gana, excepto los abogados. Ya sea que el problema sea la división de bienes, los pagos de pensión alimenticia, la manutención de los hijos, la custodia de los hijos o los derechos de visita, los tribunales se ven obligados a lidiar con los estragos durante años.

Hay, de hecho, casos en los que todo lo demás falla y el divorcio o la separación es la única solución. El Nuevo Testamento reconoce que tales situaciones existen. Ver Mateo 19:3-12; 1 Corintios 7:10-15. Pero en algunos, sí, en muchos casos, hay una solución mejor: es aprender a vivir con un cónyuge testarudo y aprender a hacer que un matrimonio infeliz se convierta en uno feliz.

Barbara Russell Chesser, en un artículo de *Reader's Digest*, dice que en un estudio de 60 parejas divorciadas, los investigadores encontraron años después “muchos problemas sin resolver”. Pero esto no es todo. Parte del trauma proviene de pensar que la ruptura resolverá los problemas, solo para descubrir que con frecuencia estos empeoran después del divorcio. Los estudios muestran que, proporcionalmente, los segundos matrimonios terminan en divorcio con más frecuencia que los primeros.

Hay pocos matrimonios donde ninguna pizca de mal genio se entromete. Los seres humanos son imperfectos y están destinados a irritarse mutuamente al menos algunas veces. Un divorcio es un desgarramiento violento, pero siempre comienza con la grieta más tenue. Alfred (Lord) Tennyson lo expresó bien:

Es la pequeña grieta en el laúd,

Que poco a poco enmudecerá la música,

Y, ensanchándose lentamente, lo silenciará todo.

La pequeña grieta en el laúd de los amantes,

O la pequeña mancha picada en la fruta cosechada,

Que pudriéndose por dentro, lentamente lo corrompe todo.

—Tennyson, “Merlín y Vivien”

Las pequeñas grietas en los laúdes pueden repararse. No se desecha un violín Stradivarius agrietado; se envía a expertos restauradores, pues tales instrumentos valen una fortuna. Tu matrimonio puede ser aún más valioso.

Existe un Maestro Reparador que ama sanar la grieta dentro del laúd. Los consejeros matrimoniales sabios son Sus siervos; pero Él es la verdadera fuente de su sabiduría. El primer paso es creer que este Maestro Reparador está dispuesto y es capaz de asumir tu caso. Nuestro gran Reparador de las “grietas dentro del laúd” del matrimonio amaría hacer algo infinitamente más valioso que reparar una caja de música.

Quizás el primer problema a resolver es que el Maestro no nos reprende por meternos en los problemas que sabemos que merecemos. La culpa por las propias contribuciones a la discordia matrimonial a menudo es tan grande en nuestra conciencia que dudamos en creer que Dios hará algo por nosotros. El diablo tiene una forma de hacernos pensar que merecemos la miseria que nos llega. Que nuestra primera lección sea esta confianza en Él: «si a alguno de vosotros le falta sabiduría, que se la pida a Dios, y le será dada, porque Dios da a todos generosamente y sin reproche. Pero debe pedir con fe, sin dudar en su mente; porque el que duda es como una ola del mar, agitada y llevada de un lado a otro por el viento.» (Santiago 1:5, 6, NEB). Sí, estamos buscando *Buenas Noticias* para creer. Empieza creyendo la gracia de Dios —Su bondad y generosidad al perdonarnos y salvarnos del mal que merecemos—. Deja de culparte a ti mismo, a tu cónyuge o a tus suegros, y empieza a aceptar ese perdón. Nada sana tan dulcemente como eso.

Podemos recibir todo tipo de buenos consejos, pero somos incapaces de ponerlos en práctica si estamos paralizados por la idea de que Dios nos reprocha por nuestros errores pasados. Pero Su Palabra tiene buenas noticias para quien sinceramente busca ayuda.

La Técnica de Reparar un Matrimonio Resquebrajado

Este libro se preocupa menos por las cosas buenas que hacer para salvar un matrimonio que por las cosas buenas en las que creer. La energía emocional es inexistente a menos que, en primer lugar, uno descubra buenas noticias en las que creer sobre el problema. Creer las cosas correctas pronto lleva a hacer las cosas correctas. Y entonces los problemas comienzan a disolverse. La razón es que creer la verdad real activa manantiales secretos y secos de motivación dentro del alma humana.

Aquí hay cinco verdades sólidas como las colinas de granito, cada una de ellas una buena noticia sobre tu matrimonio. No te verás agobiado con deberes que realizar que estén más allá de tus fuerzas. Sin embargo, quizás necesites fuerza para creer que la buena noticia es verdadera, porque la obsesión favorita de la humanidad es creer las malas noticias:

1. Dios está más interesado en que tu matrimonio sea feliz de lo que tú lo estás.

(a). Él inventó el matrimonio. Si el matrimonio resulta demasiado difícil para los seres humanos, su fracaso naturalmente refleja la sabiduría y la reputación de su Inventor. Algunas personas, preocupadas por problemas matrimoniales, pidieron consejo a Jesús. Él respondió: «Un hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su esposa, y los dos se harán uno solo. Así que ya no son dos, sino uno. El hombre, pues, no debe separar lo que Dios ha unido» (Mateo 19:4-6, GNB). El punto es que tienes a Alguien trabajando veinticuatro horas al día, siete días a la semana para asegurar que tu matrimonio sea feliz. No te resistas a lo que Él está haciendo.

(b). Cada matrimonio es tan importante para Dios como si fuera el único en la tierra. «Ni un solo gorrión cae a tierra sin el consentimiento de vuestro Padre... ¡Vosotros valéis mucho más que muchos gorriones!» (Mateo 10:29-31, GNB). Así que, cuando Dios dice «vosotros valéis» tanto, ¡Él te incluye a ti y a tu matrimonio!

Cuando un matrimonio comienza a resquebrajarse, nos sentimos desesperadamente solos. Es una buena noticia darse cuenta de que Alguien se preocupa, porque una vez que reconoces este hecho, el problema deja de ser tuyo. También se convierte en Su problema y puedes dejar de preguntar: «¿Qué voy a hacer ahora?» y comenzar a preguntar: «Señor, ¿cómo puedo cooperar Contigo mientras Tú resuelves este problema?»

2. Los cónyuges obstinados pueden dejar de serlo.

A menudo, todo lo que Dios necesita para hacer feliz un matrimonio es que solo uno de los cónyuges esté dispuesto a cooperar con Él para realizar ciertos cambios. Los cambios tendrán que ser obra Suya, porque, cuando se trata de resolver problemas como este, la Biblia reconoce que estamos «sin fuerzas». Véase (Romanos 5:6). Se reduce a que dejemos que el Señor sane el matrimonio. Esto no es un *cop-out* de «laissez faire». Hay algo que puedes hacer; pero ese algo no es una obra imposible; es una verdad que debes creer.

Si hay un cónyuge obstinado en la ecuación, Dios ya tiene una voluntad perversa con la que lidiar. Si añades al problema eligiendo también ser perverso, Él queda frustrado. Ni siquiera el Cielo puede salvar un matrimonio si ambos cónyuges no están dispuestos a dejar que Dios lo salve. Pero si un cónyuge elige cooperar, eso es todo lo que Dios necesita para poder ponerse a trabajar.

La Biblia reconoce que los seres humanos pueden frustrar las buenas noticias de Dios para ellos si persisten en rechazar Su gracia. Pero ofrece aliento para creer que un cónyuge puede ser el instrumento mediante el cual Dios cambia al otro para bien. Dice que «el marido incrédulo ha sido santificado por medio de su mujer [creyente], y la mujer incrédula ha sido santificada por medio de su marido creyente» (2 Corintios 7:14, NVI).

Esa palabra *santificado* significa «puesto en una relación positiva con Dios debido a la cooperación del cónyuge creyente con Él». En otras palabras, el cónyuge que necesita ser cambiado es influenciado por aquel que está en contacto con Dios. Pero ahora sale a la luz otro problema.

En las relaciones íntimas del matrimonio, nos conocemos el uno al otro sin pretensiones ni disfraces. Tu cónyuge sabe si eres genuinamente desinteresado o no. No podemos evitar mostrar cuán egoístas podemos ser, aparte de la gracia de Dios. Así que, cuando tu cónyuge vea la evidencia del Espíritu de Dios obrando en ti, será mucho más probable que sea receptivo a las impresiones del Espíritu Santo que de otra manera. Esa es una forma en que Dios «santifica» al cónyuge incrédulo.

El método favorito de Dios para revelarse no es a través de rayos y terremotos, sino transformando a personas obstinadas. Así como el cálido sol derrite un bloque de hielo, este tipo de amor frecuentemente logra derretir un corazón helado de incredulidad. Como Pablo lo expresa: «Porque ¿cómo sabes, mujer, si salvarás a tu marido? ¿O cómo sabes, marido, si salvarás a tu mujer?» (Versículo 16, NVI).

3. Quizás actitudes equivocadas de tu parte han provocado la desagradabilidad de tu cónyuge.

El cambio que Dios puede lograr es una buena noticia, especialmente si tú has sido el principal culpable, ya que esto es algo que puedes corregir con la ayuda de Dios. Tu transformación puede ser el medio de Dios para salvar a tu cónyuge. Ser salvado significa ser cambiado de estar «*alejado de la vida de Dios a causa de... ignorancia*» a estar reconciliado con Él. (Efesios 4:18, RSV).

Esto podría ser especialmente cierto en un matrimonio donde solo uno de los cónyuges es un cristiano profeso que exhibe un comportamiento obstinado. Tal comportamiento anula la profesión del «cristiano» y hace parecer que Dios es impotente para salvar a las personas de sí mismas. Nada puede hacer a los seres humanos comunes más obstinados que creer tales malas noticias. Si has sido una piedra de tropiezo en este sentido, quizás no necesites buscar más para encontrar la causa de tu infelicidad matrimonial. Lo que una persona cree acerca de Dios determina qué tipo de persona es. Esto se debe a un principio bíblico infalible: el principio de la justicia por la fe. Es tan simple como que dos más dos son cuatro.

Las buenas noticias son la comunicación de un mensaje de verdad concerniente a lo que Cristo ha hecho y está haciendo para salvarnos. Se centra en Su sacrificio de Sí mismo en la cruz. No es solo la *salvación idealizada y lejana* más allá de la

muerte; significa paz, felicidad, reconciliación, transformación del corazón aquí y ahora. Ver y apreciar esto es lo que la Biblia llama fe; y tal fe obra para efectuar justicia en el corazón del creyente. Pone fin al gran desgaste de energía emocional, porque la fe energiza: «la fe... que actúa por medio del amor» (Gálatas 5:6, GNB). (La palabra griega para «actuar» es *energeo*, de la cual derivamos nuestra palabra energizar). Así es como la culpa, el miedo, la alienación y la sospecha se disuelven del corazón.

Digámoslo de nuevo: todas estas cosas maravillosas que se supone que debemos hacer son imposibles para nosotros a menos que creamos lo que Cristo ha hecho por nosotros y está haciendo por nosotros. Creer malas noticias te paraliza; creer las buenas noticias del Evangelio te energiza.

Un cónyuge incrédulo que no ve estas buenas noticias demostradas en la vida de su pareja matrimonial se ve privado del medio más efectivo que Dios puede usar para hacer que el incrédulo «deje de ser obstinado». Por otro lado, el cónyuge incrédulo que diariamente presencia estas «buenas noticias» tendrá dificultades para resistirlas.

4. Si hay esperanza para ti, hay esperanza para tu cónyuge, porque Dios os hizo a los dos uno.

El diablo se especializa en decir a las parejas casadas que están «desparejadas». Cuando dos personas se casan, pueden estar realmente «desparejadas», pero Dios tiene la intención de que se adapten cada vez más el uno al otro; y se irán haciendo cada vez más uno, si no frustran el plan de Dios para ellos. Su palabra es: «Los dos se harán uno solo» (Mateo 19:5, GNB). No, los dos *deberían* hacerse uno, o los dos *tendrían* que ser uno, o *sería bueno* si los dos pudieran ser uno; no, «los dos se harán uno solo». En otras palabras, el plan de Dios es hacer que las personas que creen estar desparejadas (el diablo las tienta a pensarlo) se conviertan en parejas felizmente unidas. Esto es lo que logra Su gracia. Pero esto solo sucede si permiten que Dios realice Su plan en ellos —en otras palabras, si dejan de resistirle.

Si lo que hemos dicho hasta ahora es cierto, entonces tan ciertamente como un cónyuge puede dejar de ser obstinado por la gracia del Salvador, así de cierto es

que es posible que el otro cónyuge también lo sea. El mismo Dios que hizo a uno, hizo al otro y tiene la intención de que los dos sean «uno». Por supuesto, Él nunca forzará la voluntad de nadie, por lo que uno puede resistir Su gracia hasta el final.

5. Di Sí a ese impulso de hacer o decir algo amable a tu cónyuge.

Crear las cosas correctas es el fundamento sobre el cual descansa hacer las cosas correctas. Pero, ¿cómo se consigue la voluntad y la energía para hacer lo correcto? La respuesta es: por fe. La fe no es verdadera fe a menos que «actúe por medio del amor» (Gálatas 5:6, GNB). La fe te impulsará a hacer o decir algo útil —como elogiar a tu cónyuge con palabras de sincero aprecio, comprarle un regalo inesperado, darle un abrazo espontáneo, esforzarte por hacer una buena acción desinteresada a la que te habías resistido obstinadamente. Hay un millón de maneras en que la fe puede energizarte para hacer lo que antes era «imposible». Ese bendito impulso es en realidad la obra del Espíritu Santo. ¿Lo ves? ¡Dios ya está trabajando para salvar tu matrimonio! ¡Hazlo! ¡Dilo! Dios hace posible que seas diferente de lo que has sido. Ese es Su trabajo: ser un Salvador.

Si tu acción o palabra de amor es rechazada, no respondas con cinismo. Tal respuesta podría arruinarlo todo y poner en cuestión el motivo detrás de tu palabra o acción amable. Espera que tu autenticidad sea puesta a prueba, y no te desanimas cuando lo sea. La bondad falsa rara vez funciona, pero la bondad genuina tiene una buena probabilidad de éxito. La bondad genuina no tiene forma de demostrar su autenticidad, excepto cuando es probada. Las pruebas y tribulaciones afrontadas con el espíritu correcto aumentan tus posibilidades de éxito. Si ves esta valiosa comprensión, los contratiempos inesperados ya no te alterarán. Véase (2 Pedro 1:5).

«Haced bien a los que os aborrecen; bendecid a los que os maldicen; orad por los que os ultrajan... Tratad a los demás como queréis que ellos os traten... Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo» (Lucas 6:28-36, GNB).

¿Funciona esto? ¡En verdad que sí! La idea sobre la que descansa el gobierno de Dios es que la luz es más fuerte que la oscuridad, el amor es más fuerte que el odio, el bien es más fuerte que el mal, y la gracia es más fuerte que el pecado. Así,

la gracia de Dios es lo suficientemente poderosa como para resolver el mayor problema matrimonial —si se le permite cumplir su propósito.

Cómo amar cuando no puedes amar

«Ha matado todo el amor que alguna vez sentí por él. Me siento muerta cuando estoy a su alrededor».

«Ya no siento nada por ella. Simplemente, no puedo amarla más».

Palabras tristes como estas tienen un aire de finalidad que suena como si no tuviera sentido escribir este capítulo. Si algo está muerto, simplemente no vuelve a la vida normalmente. ¿Pero puede revivirse algo muerto?

Los antiguos griegos y romanos concebían el amor sexual como un dios que disparaba flechas de pasión y, con ello, «abatía» a víctimas que no podían evitar enamorarse. Desde el siglo I a.C. en adelante, los romanos representaron a Cupido en pinturas y estatuas, realizando sus conquistas «invencibles». Si eras alcanzado por una de sus flechas, no podías evitarlo.

Los modernos todavía tendemos a pensar de la misma manera. Enamorarse es visto como algo tan irresistible como contraer un resfriado. La contraparte griega de Cupido era Eros, hijo de la diosa Venus. En el Helenismo, el amor sexual era un dios; ¿cómo podría un simple mortal oponerse a un mandato divino?

La misma idea impregna el pensamiento musulmán. Se requiere una modestia extrema de las mujeres musulmanas porque se asume que la vista de la forma de una mujer o de su cuerpo parcialmente descubierto excitará una pasión incontrolable en un hombre, lo cual, a su vez, será irresistible para la mujer. Es casi inconcebible que un hombre y una mujer que se encuentran solos no tengan relaciones sexuales. Como en la antigua Grecia o Roma, la pasión sexual es divina. Si Cupido te dispara, es inútil resistir. La elección o la voluntad de uno no tienen cabida en tal «amor». El corolario es que, así como no tienes control al enamorarte, tampoco tienes control al dejar de amar. Esa es la otra cara de la moneda de Cupido. Y ese es el principio secreto detrás de las rupturas matrimoniales. Pero, ¿es el «amor» de Cupido el amo dictador de nuestras almas, de modo que somos esclavos para cumplir sus órdenes, para amar o no amar?

La idea bíblica del amor es bastante diferente. La Biblia representa el amor como un principio. Puede ser deseado o controlado según el Espíritu Santo de Dios ilumine a quien cree en el Salvador. Cupido puede disparar su flecha en un intento de infatuar a alguien con un amor ilícito, uno que es un camino a la ruina, pero la Biblia enseña que podemos decir *No* a tales impulsos. Cupido también puede disparar su flecha después de que estés casado y hacerte pensar que estás perdidamente enamorado de alguien que no es tu esposo o esposa.

Los paganos piensan que tal infatuación es de origen divino y, por lo tanto, es razón suficiente para romper un matrimonio. Pero el verdadero cristiano se da cuenta de que puede elegir negar esta invitación a la infidelidad y superarla mediante el poder divino.

Dice el apóstol inspirado: «Porque la gracia de Dios que trae salvación se ha manifestado a todos los hombres. Ella nos enseña a decir ‘No’ a la impiedad y a las pasiones mundanas, y a vivir en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad» (Tito 2:11-14, NIV).

¿Es esta una forma miserable de vivir, siempre diciendo «*No*» a la tentación? No, es la única forma feliz de vivir. No se te pide que aprietes los dientes y te fuerces de mala gana a decir *No* a las tentaciones de amor ilícito. En absoluto. La Biblia dice que la gracia de Dios (el poder divino que capacita) «nos enseña a decir ‘No’» a la tentación. No somos esclavos abyectos de la pasión. En Cristo somos hombres y mujeres libres con el poder de elección dado por Dios para permitirle controlar nuestras emociones e infatuaciones. Si podemos decir *No* a un amor ilícito, hemos obtenido una victoria sobre la tentación. No puedes imaginar lo feliz que serás al encontrarte liberado de una trampa que, al final, no habría sido más que el «pozo» para ti.

Si es posible decir *No* a un amor ilícito, ¿no es también posible decir *Sí* a un amor que sabes que es correcto y apropiado, tu deber dado por Dios de nutrir, pero que no sientes en este momento?

Dios no es como Cupido. Cuando prometes amar, honrar y cuidar a tu futuro cónyuge hasta que la muerte los separe, Dios quiere que ames a ese compañero de matrimonio y que seas feliz haciéndolo. Debe reconocerse, por supuesto, que tu cónyuge puede no cumplir su parte del trato, pero esto no te exime de cumplir la tuya. Si esto no fuera cierto, el plan de Dios con respecto al matrimonio estaría en declive.

Ahora, podemos reformular la pregunta de esta manera: ¿Es posible amar a un cónyuge testarudo al que sientes que no puedes amar?

Prácticamente todos los idiomas modernos tienen solo una palabra para el amor; sin embargo, el idioma griego utilizado en el Nuevo Testamento tenía tres palabras principales para él: *eros*, *philos* y *agape*. Eros era el equivalente griego de Cupido, el dios de la pasión, el «amor» que dependía de la belleza o la bondad de su objeto. Este es el equipo estándar con el que todos nacemos.

Los antiguos paganos asumían que *eros* era divino; pues era una emoción misteriosa que parecía barrer como un río en crecida sobre todos los obstáculos humanos. *Philos* es un nivel inferior de amor, más parecido al afecto, como el amor por la música o el arte.

Los apóstoles nunca dijeron que Dios es *eros*. Juan dice que Dios es *agape*. Véase (1 Juan 4:8). Este tipo de amor es un principio, no una pasión. Es libre y soberano, no depende de la bondad o belleza de su objeto. Por lo tanto, puede amar a las personas malas, incluso a las feas. «Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno osara morir por el bueno [esta sería la forma más alta de *eros*]. Pero Dios demuestra su amor [agape] para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros... Porque... siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo» (Romanos 5:6-10).

Mientras que el amor *eros* y *philos* dependen del valor de su objeto, *agape* es un amor que crea valor en su objeto. No tienes que limpiarte primero para saber que Dios te acepta. Su amor te recrea, te hace tan precioso como el Divino Don que fue entregado para tu redención.

El amor *eros* instintivamente quiere poseer. En contraste, *agape* es un amor que da en lugar de tomar o esperar. Así, nuestro amor humano busca el placer por sí mismo; mientras que *agape* quiere dar placer a otros. El amor humano busca una recompensa; *agape* está dispuesto a renunciar a la recompensa.

Agape es un amor que los humanos no podemos generar por nuestra cuenta. Es ajeno a nuestro planeta y debe ser importado. Este amor impresionante es la revelación suprema del carácter de Dios tal como se muestra en Cristo: «El amor [agape] es de Dios; y todo aquel que ama [con agape], es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama [con agape], no ha conocido a Dios; porque Dios es amor [agape]... En esto consiste el amor [agape]: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados... Si nos amamos unos a otros [con agape], Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros» (1 Juan 4:7-12).

Si un matrimonio se basa únicamente en el amor *eros*, es cautivo de los caprichosos designios de Cupido. A su mandato, dejas de amar tan fácilmente como te enamoraste. Pero el amor *agape* que Cristo da estabiliza nuestro amor humano. Leemos que el *agape* nunca deja de ser (Véase 1 Corintios 13:8), pero los naufragios que jalonan nuestras costas matrimoniales testifican sombríamente que nuestro amor humano sí falla.

Dios quiere que tu matrimonio sea feliz. El *agape* puede ser infundido en tu amor conyugal para hacerlo más grande de lo que es. Cuando el Señor manda: «Maridos, amad a vuestras mujeres» (Colosenses 3:19), la palabra utilizada es la forma verbal de *agape*. El amor de una esposa también debe ser enriquecido por el mismo amor celestial. Todo esto puede parecernos imposible, a menos que humildemente enfrentemos la realidad. Debemos permitir que el don sea importado de arriba. El apóstol amonesta: «Sed más bien amables unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como también Dios os perdonó a vosotros en Cristo. Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados; y andad en amor [agape], como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros» (Efesios 4:31, 32; 5:1, 2). El *cómo* está en esa frase: «como también Cristo nos amó». Apreciar Su amor significa que vemos que estaríamos en nuestras tumbas

si Él no hubiera muerto por nosotros. Debemos incluso nuestra vida física a Su sacrificio por nosotros, lo entendamos o no, lo creamos o no. Todos estamos infinita y eternamente en deuda con un Salvador; incluso el sol brilla y las lluvias caen en virtud de Su sacrificio. Cada barra de pan está marcada con esa cruz, y cada manantial de agua la refleja. Esta es la lección enseñada por la Cena del Señor.

Ahora las cosas empiezan a suceder. Cuando percibimos, aunque sea un poco, nuestras propias debilidades y nuestra obstinación, cómo hemos experimentado esa gracia «como también Dios por causa de Cristo nos ha perdonado», inmediatamente encontramos que es infinitamente más fácil «ser... amables unos con otros, tiernos de corazón, perdonándonos unos a otros». Como un manantial del desierto que se ha secado pero que vuelve a brotar con sus aguas refrescantes después de una temporada de lluvias, así las emociones tiernas que se han secado hasta convertirse en polvo en alguna cámara misteriosa del corazón oscurecido comienzan a fluir de nuevo. Lo que una vez pensamos imposible para siempre se vislumbra como una realidad. El mandamiento de amar al cónyuge puede parecer tan imposible como mover el Monte Everest, pero cuando uno ve cómo Cristo nos ha amado, el milagro puede ocurrir.

Agape es un amor que está en armonía con la voluntad de Dios para nosotros y Su ley. Podemos decidir amar [*agape*] «en Cristo» por Su gracia. Esto se debe a que todo lo que es la voluntad de Dios es posible. Muchos matrimonios «muertos» pueden revivir cuando nos conectamos a esa Fuente última de amor genuino.

Pero, ¿puede el amor *agape* reactivar un amor sexual muerto y resolver sus misteriosos problemas? ¿Puede reactivarse la química?

El Milagro de Recrear el Amor Sexual

La primera carta de Pablo a los Corintios fomenta una rica experiencia sexual dentro del matrimonio. Pablo no dijo: «Es bueno para un hombre no tocar mujer»! Los corintios se lo escribieron en una carta a él. Ver 1 Corintios 7:1. Más bien, él aboga firmemente porque marido y mujer disfruten de los cuerpos del otro, pero con el principio del ágape desinteresado enriqueciendo y ennobleciendo la experiencia. En los versículos 3-5, él dice: «El marido debe dar a la esposa lo que le es debido, y la esposa igualmente debe dar al marido lo que le es debido. La esposa no puede reclamar su cuerpo como propio; es de su marido. Igualmente, el marido no puede reclamar su cuerpo como propio; es de su esposa. No os neguéis el uno al otro». NEB.

El sexo es el gracioso don de Dios a una pareja casada a quienes él desea hacer *uno para siempre*. La unión sexual es una insinuación de la felicidad que es el preludio de una felicidad duradera.

El nombre del amor es tan frágil que puede ser fácilmente apagado por los errores de los cónyuges. La culpa puede paralizarnos, al igual que la corrosión de los celos y el resentimiento. El amor sexual puede ser como Humpty Dumpty. Una vez roto, ni todos los caballos del rey ni todos los hombres del rey pueden volver a armarlo. Así parece; pero aquí es donde la gracia del Señor puede hacer lo que parece imposible.

Hay una situación en la que incluso es difícil que la gracia de Dios sirva para reparar una relación matrimonial rota, y eso es lo que Jesús llamó «fornicación» (porneia) en Mateo 19:9. Este es un motivo legítimo, aunque no un mandato, para disolver una unión matrimonial, porque destruye el fundamento de confianza sobre el que dicha unión debe descansar.

Las barreras para la renovación del amor físico son generalmente emocionales. Dios es el «Admirable Consejero» (Isaías 9:6), quien nota cuando un gorrión cae y pone un cuidado infinito en hacer lo que nadie más puede hacer: volver a armar a Humpty Dumpty. «Hubiera yo desmayado, si no creyese que he de ver la bondad

de Jehová en la tierra de los vivientes. Espera a Jehová; esfuérzate, y él fortalecerá tu corazón». Salmos 27:13, 14.

Aquel que nota la caída de un ave también se preocupa por la felicidad de la vida sexual de Su hijo. Algunos parecen tener la vieja idea de la Edad Media de que el sexo es intrínsecamente vergonzoso, que Dios le da la espalda. Aquel que inventó todas las deliciosas complejidades del sexo también provee sanación. Pero Su sanación reside en la contrición.

El orgullo y la autojustificación pueden matar la tierna planta del amor tan ciertamente como una ráfaga helada de viento gélido puede matar las flores de primavera. *Terriblemente pecador has sido infiel; justo yo soy inocente! Tú mereces el infierno; yo merezco el cielo.* Estos sentimientos, dichos en voz alta o expresados en el comportamiento, son injustificados, porque «todos han pecado». Romanos 3:23.

El verdadero registro de nuestros pecados no es nuestra propia memoria consciente, sino el registro en el cielo, donde con visión de rayos X los males oscuros e inconscientes que yacen en lo profundo son expuestos a la vista. Los libros del cielo registran los pecados que cometeríamos, dada la oportunidad. Dios se preocupa por nuestros motivos ocultos. Un cónyuge supuestamente *inocente* que hubiera sido infiel si hubiera sido tentado no es *inocente* a la vista de Dios. Ambos necesitan la gracia del perdón. Y hasta que ambos puedan sentir esto, la sanación que Dios está listo para dar no puede tener lugar.

Amar a un cónyuge inamable puede parecer imposible. Pero el amor ágape puede iluminar con esperanza una situación que de otro modo parecía muerta. Hay poder creativo en la palabra de Dios. Él creó el mundo de la nada, porque Él «llama las cosas que no son, como si fueran». Romanos 4:17. ¿No puede Él hacer lo mismo por un matrimonio *muerto*? Por supuesto que sí.

Jesús conoció a un paralítico junto al estanque de Betesda. El sufriente había sido una ruina marchita durante 38 años. «Cuando Jesús le vio acostado, y supo que llevaba ya mucho tiempo así, le dijo: ¿Quieres ser sano?». Juan 5:6, NKJV. El hombre apenas se atrevió a decir Sí. Su respuesta fue como la nuestra cuando nos

resulta casi imposible creer las buenas noticias: «Señor, no tengo a nadie que me ayude. Otros reciben bendiciones, pero yo—». Casi puedo imaginarlo sollozando en este punto.

Entonces Jesús «le dijo: Levántate, toma tu lecho y anda». Versículo 8, NKJV. El parálítico pudo haber argumentado lo imposible que sería esto. Pero él eligió creer las buenas noticias. Como Abraham, «contra esperanza [él] creyó en esperanza» y así se mostró como un verdadero hijo de Abraham. «E inmediatamente el hombre fue sanado, tomó su lecho y anduvo». Versículo 9, NKJV.

Hemos hablado en un lenguaje delicado sobre un problema delicado. Pero Aquel que creó la delicadeza de un frágil pétalo de rosa puede crear en ti y en tu cónyuge algo hermoso, más allá de tus sueños más salvajes. Cuando Él lo haga, dale gloria a Él, y recuerda que la felicidad que descubres es algo que no mereces. Es algo comprado para ti por el sacrificio de Cristo en Su cruz. Sí, el don incluye un amor sexual feliz y duradero.

Cinco Verdades Que Pueden Salvar un Matrimonio

Todos hemos oído la historia del capitán del barco que piloteó cuidadosamente su embarcación a través de aguas peligrosas, guiándola exactamente por su brújula. Sin embargo, su embarcación chocó contra las rocas y se hundió. En la investigación, la brújula del barco fue recuperada y examinada cuidadosamente. Se descubrió que alguien, mientras limpiaba la caja de madera, había dejado descuidadamente un pequeño fragmento de un cuchillo de acero alojado en una grieta. Esto había desviado la aguja lo suficiente como para hacer que el gran barco se desviara de su curso y chocara contra las rocas.

Muchos matrimonios se han arruinado porque uno o ambos cónyuges creyeron algo que desvió la brújula matrimonial. Las creencias pueden ser decisivas. La verdad puede salvar, y el error puede arruinar. El viaje matrimonial de uno es lo suficientemente importante como para asegurarse de que cada idea alojada en la mente de uno sea verificada por un estándar autoritativo de verdad: la Palabra de Dios.

Un artículo en un Reader's Digest proclamaba "Cinco Mitos que Pueden Arruinar un Matrimonio". El punto principal era que las ideas erróneas que uno cree pueden arruinar un matrimonio.

El corolario de este axioma es igualmente válido: las verdades que uno cree pueden cambiar un matrimonio y hacerlo feliz. Si creer falsedades puede dañar un matrimonio, creer verdades inspiradas ciertamente tenderá a restaurar su felicidad. Este es el principio bíblico de la justicia por la fe, la visión más profunda de cómo funciona la naturaleza humana que jamás haya amanecido en el mundo.

El paganismo dice que tu salvación depende de las cosas que haces. Algunos grupos supuestamente cristianos no han logrado comprender esa idea genial del Nuevo Testamento: que la salvación depende de creer lo que es verdad. (Las buenas obras siguen a la fe).

Un cónyuge que nunca ha buscado seriamente cosas buenas en su pareja puede divorciarse de él o ella y nunca darse cuenta de que debajo de lo que parece ser un

exterior áspero hay una mina de oro potencial. ¿Es posible que un cónyuge *gruñón* pueda resultar ser un tesoro? Un cuento de hadas narra la historia de una princesa que besó a regañadientes a una rana fea, solo para descubrir un apuesto príncipe cautivo dentro de la horrible criatura. La historia es imaginaria, por supuesto, pero el principio que enuncia puede no serlo. ¿Puede un beso ágape convertir un “sapo” de cónyuge en una princesa o un príncipe? Sigue leyendo.

Las siguientes verdades que pueden salvar un matrimonio en problemas se derivan de una fuente irreprochable: la Biblia. Puede sonar simplista decir que funcionan, pero lo hacen si se llevan a cabo con fe y buscando la guía de Dios:

1. Dios inventó el matrimonio en el principio, y Él todavía une a dos personas para que sean una sola cuando le permitimos guiar.

Satanás intenta romper los matrimonios porque odia todo aquello en lo que Dios está involucrado. El Señor llevó a Eva a Adán, y Jesús extrajo una lección de esto: «Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre» (Mateo 19:6). Tan seguro como la noche sigue al día, podemos esperar que Satanás intentará separarlos porque odia todo lo que Dios ha hecho. Pero el punto central de la Biblia es que Cristo ha conquistado a Satanás, lo ha «paralizado» (véase Hebreos 2:14); «destruir» es *paralizar en el original*. Si podemos creer que Dios nos ha unido en nuestro matrimonio, y que Él es más fuerte que el diablo, mil dificultades pueden resolverse de inmediato.

«Pero mi cónyuge y yo estamos ‘unidos en yugo desigual’ —¡precisamente lo que Dios dice que no debería ser! (Véase 2 Corintios 6:14). ¿Cómo podría Dios tener algo que ver con unirnos?»

¿Estás realmente seguro de que estás “unido en yugo desigual”? «Porque, ¿qué sabes tú, mujer, si acaso salvarás a tu marido? ¿O qué sabes tú, marido, si acaso salvarás a tu mujer?» (1 Corintios 7:16). Lo que a ti te parece un incrédulo puede resultar ser un hermoso hijo de Dios, así como una oruga fea puede convertirse en una hermosa mariposa. Si el cónyuge incrédulo de uno llega a ser creyente, significa que en su preconocimiento Dios lo ha considerado como tal desde

siempre, porque la Biblia dice que Él «llama las cosas que no son como si ya fuesen» (Romanos 4:17).

Cuanto antes la fe de uno se ponga de parte de Dios, antes Él podrá obrar eficazmente. Si tales buenas nuevas se aplican a tu matrimonio, solo Él puede decírtelo y susurrártelo mientras te arrodillas solo ante Él con fe y contrición. ¡Él lo hará! Solo escucha.

No olvides que Dios a veces nos envía regalos selectos en envolturas poco atractivas. Jesús, por ejemplo, nació en un establo con las gallinas y las cabras. Echa un segundo vistazo al “regalo” que quizás estés pensando en desechar. Podría haber un tesoro en él.

«¡Pero estoy divorciado y ahora vuelto a casar! ¿Cuál matrimonio debo creer que Dios unió?» La verdadera respuesta puede ser, ambos. Los errores del pasado no nos privan de la misericordia y la guía de Dios. Ahora el Señor dice: «Vete, y no peques más» (Juan 8:31). «Dios ha pasado por alto los tiempos de la ignorancia, pero ahora manda a todos los hombres, en todas partes, que se arrepientan» (Hechos 17:31, NAB). No agraves un error cometiendo dos. Si has roto el corazón de una persona, no rompas el de otra.

«La casa y las riquezas son herencia de los padres, pero la mujer prudente es don del Señor» (Proverbios 19:14). Ese es el mismo Padre celestial que se da cuenta cuando un gorrión cae al suelo. Él tiene una mano bondadosa en el matrimonio de uno, porque Jesús dice que valemos «muchos gorriones» (Mateo 10:31).

Dios bendecirá tu matrimonio a pesar de los esfuerzos de Satanás por romperlo, si tú se lo permites. Tales bendiciones son el verdadero fundamento sobre el que se puede construir la esperanza; y si la esperanza es posible, todo tipo de dificultades pueden resolverse.

2. Tu cónyuge puede ser una joya en bruto, esperando solo el toque del Maestro.

Cuando el verdadero amor de Cristo opera en una persona, él o ella se transforma inevitablemente. Pablo enumera un catálogo de personas que eran

típicas de los corintios: «ladrones, ... borrachos, ... difamadores, ... estafadores», y algunos «culpables de: adulterio o de perversión homosexual» (1 Corintios 6:9, 10, NEB). Luego añade: «Y esto erais algunos de vosotros. Pero ya habéis sido lavados; ... justificados en el nombre del Señor Jesús» (Versículo 11). ¡Las “buenas nuevas” que Pablo proclamó funcionaron! No son menos efectivas ahora. En muchos casos, todo lo que un matrimonio en problemas necesita es esa genuina buena noticia. El mejor para darla es el cónyuge creyente.

3. A menudo, las personalidades desagradables lo son debido a un irritante secreto, un problema personal no resuelto que las ha amargado.

Generalmente, la raíz es la falta de comprensión de que Dios ha sido un Amigo en lugar de un Enemigo divino. Lo que hace a la gente *gruñona* es sentir que Dios está en su contra. Por eso Pablo suplica: «En nombre de Cristo, os rogamos, ireconciliaos con Dios!» (2 Corintios 5:20, NEB). Muchas personas infelices han comenzado a cantar cuando esa reconciliación tiene lugar en los niveles más profundos. Incluso las decepciones del pasado oscuro pueden ser vistas bajo una perspectiva nueva y más realista cuando la luz del amor de Dios ilumina esos trágicos misterios.

4. Dios ha ordenado que ciertas ventajas se incorporen a cada matrimonio, pero a menudo se descuidan o se malinterpretan.

(a). Orar juntos cada día une dos corazones como ninguna otra cosa puede hacerlo.

En nuestro mundo moderno de dobles trabajos y carreras, horas extras, televisión y diversiones frenéticas, esta sencilla costumbre casi ha desaparecido, y con ella ha desaparecido mucha felicidad conyugal.

Uno de los principios cardinales del exitoso programa de Alcohólicos Anónimos es el reconocimiento ante Dios y los compañeros de que “no puedo controlar mi bebida; necesito la ayuda de un Poder Superior”. Puedes formar dentro de tus propias cuatro paredes tu propio capítulo local de Cónyuges en Problemas

Anónimos. En los matrimonios que excluyen a Dios, falta una dimensión espiritual. Aquellos que se resisten a esta verdad frecuentemente cosechan el fruto de su incredulidad en un dolor trágico e innecesario.

Cuando el esposo o la esposa pueden admitir honestamente al otro: “Esto nos supera; invitemos al Señor a entrar y bendecir nuestro hogar infeliz”, están empezando a salir del apuro. El Señor es un Caballero divino; Él no forzará su entrada a tu hogar sin ser invitado. Cuando los dos discípulos caminaban a Emaús una tarde, Jesús resucitado se les unió en el camino, de incógnito. Cuando llegaron a su casa, lo invitaron casualmente a entrar y quedarse con ellos. Él hizo como si debiera seguir. Solo cuando ellos «le obligaron, diciendo: Quédate con nosotros», Él «se quedó con ellos» (Lucas 24:28, 29).

Este pequeño incidente arroja una inundación de luz sobre las relaciones de Dios con nosotros. De hecho, Él quiere entrar y bendecir nuestros hogares con su feliz presencia como Huésped, pero debe ser invitado. De eso se trata el arrodillarse juntos en oración a diario. No importa cuán incómodo te sientas al hacerlo, hazlo y cree la verdad: Él acepta cada invitación sincera y nunca te regaña por haber esperado tanto para empezar.

Las familias cristianas no participan de la comida diaria hasta que han invitado al Huésped Invisible a cada comida. Las estadísticas no están disponibles, pero me atrevo a decir que es extremadamente raro que una pareja se separe si busca humildemente a Dios juntos a diario. Puede que todavía tengan perplejidades y problemas irritantes, pero conocen una nueva fuerza interior y pueden sobrellevarlos.

(b). Cuando los padres se divorcian, los hijos suelen ser los peores perdedores.

Si los padres reflexionaran sobre el hecho de que sus hijos son el producto de su unión, quizás lo pensarían dos veces antes de buscar el divorcio.

Cuando un matrimonio se rompe, el hijo a menudo siente que él es de alguna manera culpable. Dependiendo de su edad, se da cuenta de que es el producto de sus padres, y razona: “Si el matrimonio que me trajo a este mundo es un fracaso,

quizás yo también soy un fracaso. Esto no va a ninguna parte”. Incluso puede sentir una sensación de injusticia por estar condenado a vivir, mientras que el amor que lo produjo está condenado a morir. Esta es una razón por la cual muchos hijos de padres divorciados tienen una baja autoestima. Es más fácil ajustarse emocionalmente a la muerte física de un padre que a la muerte de una unidad matrimonial responsable de su propia existencia.

La comprensión de que un niño en un hogar feliz tiene más probabilidades de convertirse en una persona bien ajustada y feliz debería ser un fuerte incentivo para que los padres trabajen para proporcionar un hogar feliz.

(c). A veces sucede que un cónyuge difícil de complacer se vuelve manejable cuando el otro cónyuge se rinde voluntariamente en un conflicto.

Jesús dio un consejo sobre lo que podría parecer un tema completamente diferente, pero que es extrañamente apropiado en el ambiente actual de discordia matrimonial y tribunales de divorcio: «Ponte de acuerdo pronto con tu adversario, mientras vas con él por el camino, no sea que el adversario te entregue al juez» (Mateo 5:25).

Puede sonar extraño sugerir que un cónyuge es un “adversario”, pero eso es lo que muchos son. En tal situación, puedes ver que es posible ganar una discusión y perder un matrimonio.

Aunque la Biblia dice: «Esposas, someteos a vuestros propios maridos», añade inmediatamente: «como al Señor» (Efesios 5:22). «El marido es cabeza de la mujer» solo en el sentido de que «Cristo es cabeza de la iglesia: y él es el salvador del cuerpo» (Versículo 23). Hay mansedumbre y humildad en Cristo, porque Él dice: «Yo soy manso y humilde de corazón» (Mateo 11:29). Esta puede ser una lección difícil de aprender para muchos hombres, pero descubrirán que, si la ponen en práctica, a una esposa le resultará mucho más fácil “someterse” a su marido, acogiéndose a la vez su autoridad marital.

Una esposa puede cortar mil nudos gordianos de tensa amargura cediendo en un asunto que no involucre un principio moral, incluso si sabe que ella tiene razón

y su marido está equivocado. Algunos hombres solo aprenden a la manera difícil: cometiendo un error. Si este resulta ser el caso, ella mostrará verdadera sabiduría si guarda silencio y se niega a decir: “¡Te lo dije!”

5. Deja de centrar tu atención en tu propia felicidad y convierte tu matrimonio en un ministerio de amor hacia los demás.

Muchos matrimonios son miserablemente infelices simplemente porque son una unión egoísta. El amor que trae felicidad a una pareja casada es un amor que quiere hacer felices a otras personas. Sirvan juntos en algún ministerio regular para personas necesitadas. Juntos esfuércense en aliviar las cargas de los demás, y muy probablemente encontrarán que su propia carga se vuelve más ligera. Terminarán quitando el punto muerto del matrimonio.

Copyright © 1985 por
Pacific Press Publishing Association transferido en 1993 a Robert J. Wieland.
Impreso en Estados Unidos de América.
Todos los derechos reservados.
1888 Message Study Committee
915 Parks Avenue, SE Paris, Ohio 44669 USA
[00135] 5M 6/94